

LA CIUDAD DE LOS PALACIOS

De GUILLERMO TOVAR DE TERESA
Por DAVID BRADING

• Vuelta, México, 1990; 2 vols., 191 y 189 pp.

A COMIENZOS DEL SIGLO XIX, ALEXANDER von Humboldt contó a México "entre las más hermosas ciudades que los europeos han fundado en ambos hemisferios. Con excepción de San Petersburgo, Berlín, Filadelfia y partes de Westminster, difícilmente existe una ciudad de ese tamaño que pueda compararse con la capital de La Nueva España". Lo que más lo impresionó fueron las anchas y rectas calles que partían de la plaza principal formando una cuadrícula, y edificios como La Academia de San Carlos y el Palacio de Minería, construidos en pesado estilo neoclásico. Los viajeros ingleses que ingresaron al país después de la independencia se hicieron eco de las loas de Humboldt, y fue un inglés, Charles Joseph Latrobe, el primero que llamó a México "la ciudad de los palacios". Para entender por qué la capital podía despertar semejante admiración, no tendría uno más que revisar los numerosos grabados de la época, especialmente los publicados en *México y sus alrededores* (1855-1856).

Guillermo Tovar de Teresa se entrega a la melancólica tarea de describir, calle por calle, la destrucción parcial y, sobre todo, la degradación del centro histórico de México. Pródigamente ilustrado con fotografías, muchas nunca antes impresas, y grabados y mapas, *La ciudad de los palacios* documenta el proceso de destrucción con sumo detalle. Apoyado en el descubrimiento de fotografías de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, Tovar sumó a ellos otros más conocidos de principios de siglo y, finalmente, de la ciudad moderna, en muchos casos del mismo lugar y desde el mismo ángulo. El resultado

es un conjunto de imágenes poderosas y deprimentes, tan eficaces como los dibujos de arquitectura antigua y moderna de los *Contrasts* de Pugin, aunque aún más convincentes. Con una rara mezcla de crudición y pasión por lo viejo, Tovar demuestra y lamenta la destrucción de una ciudad que fue hermosa alguna vez, no sin advertir que el descuido del gobierno podría acabar con lo que ha quedado. Hace muy poco, las excavaciones del Templo Mayor, pese a su enorme valor arqueológico, han dejado algo equivalente a un bombardeo en pleno corazón de la ciudad, a unos pasos de la Catedral.

El primer gran asalto a la ciudad admirada por Humboldt ocurrió en 1861-1863, cuando los liberales guiados por Benito Juárez expropiaron los grandes prioratos y conventos que habían desempeñado un papel tan vasto en la historia de México, demolieron muchos de sus claustros y capillas y muchos interiores de iglesias, quemando o destruyendo sus pinturas, esculturas y altares. Aunque la Biblioteca Nacional logró rescatar varias colecciones de los conventos, incontables volúmenes y manuscritos, muchos de ellos irremplazables, se perdieron o fueron robados, para enriquecer bibliotecas de Europa y Estados Unidos. Si el asalto de los liberales se limitó en gran medida a los edificios pertenecientes a la Iglesia, la especulación que lo siguió, apoyada por la complacencia oficial y los prejuicios estéticos, inauguraron un proceso, que se prolongaría más de un siglo, por el que un paisaje urbano armonioso y relativamente uniforme se transformó en la fea mescolanza de estilos y escalas con que se enfrenta

el visitante moderno. No es necesario subrayar que muchos monumentos, con frecuencia majestuosos, todavía sobreviven. Igualmente obvio es que no todos los nuevos edificios fueron tan feos. Pero las pérdidas fueron muy grandes y la armonía anterior se perdió para siempre. Tovar publica una fascinante vista panorámica de la ciudad, una fotografía tomada desde la azotea más alta en la década de los cincuenta del siglo pasado, que revela un denso mar de edificios, ninguno de más de tres pisos, majestuosamente remontado por las torres y cúpulas de la catedral y las ochenta o más iglesias y capillas que dominaban el horizonte. Sólo en la Plaza de Santo Domingo o en la calle de Moneda aledaña al Palacio Nacional puede uno tener hoy una idea de la forma en que la ciudad de México se apareció alguna vez a los viajeros. Si el propósito central de Tovar es una lamentación, ofrece además una notable cantidad de información sobre la historia arquitectónica de la ciudad. En una de sus primeras obras, *La Ciudad de México y la utopía en el siglo XVI*, observó que cuando el primer virrey, Antonio de Mendoza, trazó el plano de la ciudad que debía levantarse sobre las ruinas de Temaltpitán, se había valido de los tratados de arquitectura de León Batista Alberti. Pero entonces Tovar subraya que prácticamente nada queda de la Ciudad de México del siglo XVI, además del plano. La ciudad celebrada por Humboldt fue, en efecto, reconstruida casi por completo entre 1640 y 1770. Fue en esa época, dice Tovar, cuando México "cumplió su vocación barroca". En las vertiginosas invenciones del churrigueresco, los artistas mexicanos

encontraron un estilo que expresaba el carácter de su pueblo y su país. Los exuberantes altares (los *retablos*) de este período se encuentran entre los objetos más hermosos creados en México. Con el advenimiento del neoclasicismo, los clérigos y los funcionarios oficiales repudiaron la herencia barroca y conspiraron para instalar las reglas áridas y estériles de la academia. Sólo en el terreno de la arquitectura hicieron los artistas neoclásicos una aportación considerable al patrimonio de la capital; en las otras artes "destruyeron más de lo que crearon". La tesis de Tovar es que México sufre una crisis de identidad cultural, que se deriva de la adopción servil

de estilos e ideas importados de Europa y los Estados Unidos y que ha llevado al olvido y la destrucción de su patrimonio barroco. La severa simplicidad de este argumento hace pensar de nuevo en la exaltación que hizo Pugin del gótico como la salvación para Inglaterra ante los males del diseño moderno.

En su prefacio, Enrique Krauze se lamenta de que, mientras las ciudades europeas han sufrido gravemente las guerras, las heridas de la Ciudad de México hayan sido infligidas por los propios mexicanos. Señala también el logro tan notable que es *La ciudad de los palacios* para un historiador tan joven, cuyas publicaciones le habían hecho ganar

ya el nombramiento de cronista de la ciudad, título que se remonta al siglo XVI. Ciertamente, nadie que guste de México puede dejar de leer y reflexionar en la notable obra de Tovar. Hay un beneficio adicional para quienes estudiamos el país: la serie de datos sobre la construcción de iglesias y conventos. Esperemos que no haya que esperar muchos años la publicación de sus investigaciones sobre los edificios de la Ciudad de México en los siglos XVII y XVIII, época en que la capital figuraba como la más populosa y, por mucho, la mayor ciudad del Nuevo Mundo.

Traducción de Aurelio Astain

DOCUMENTOS CORTESIANOS

De JOSÉ LUIS MARTÍNEZ
Por JORGE F. HERNÁNDEZ

• Fondo de Cultura Económica, México, 1991, 528 pp.

LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DEL SIGLO XVI se presenta en dos vertientes: las piedras prehispánicas, los códices y los posteriores relatos de los vencidos que dejaron memoria de un pasado conquistado y las crónicas, cartas de relación, historias generales, religiosas y naturales que fueron relatando los recién llegados.

Con todo, las vidas y las letras de ambos lados del Atlántico se transformaron para siempre a partir de 1519. Confirmaron lo anterior los escritos de Mendieta, Torquemada, Sahagún, Motolinía, las crónicas de Bernal Díaz del Castillo, López de Gómara o Alonso de Aguilar y los códices multicolores que integraron las figuras de hombres barbados y venados inmensos a sus paisajes. Por la multiplicidad de estos escritos y la riqueza testimonial de ese pasado José Luis Martínez ha dicho que "el conjunto de crónicas de México ofrece una especie de desarrollo ideal para el historiador...".

Dentro de la formación histórica que ofrece la historiografía del XVI destacan la biografía y los papeles de Hernán Cortés. El propio Martínez hizo la presentación en sociedad —quinientos años después— del hombre Cortés con su magnífica biografía aparecida el año pasado. Ahora, nos presenta el primero de cuatro tomos que reunirán y pondrán a

la mano los escritos y dictados, ordenanzas y memoriales del polémico conquistador.

Animado por un claro y honesto afán por conocer, José Luis Martínez ha reunido en una sola obra la mágica dualidad de la historia: análisis y documentación. Al recorrer la biografía de Cortés, el autor ha viajado en papeles y recados del pasado. Normalmente, al lector sólo llegan opiniones o valoraciones; Martínez —por el contrario— presenta datos. Al conocer los *Documentos* el lector descubrirá un personaje cuya personalidad "se distingue entre las de sus contemporáneos por contar con un cúmulo de documentos, escritos o encargados por él o dirigidos a él". Parecería que las circunstancias que rodearon a D. Hernán o su propia voluntad buscaron dejar constancia de sus actividades, luchas, triunfos, sueños y derrotas. Lo cierto es que, hasta antes de la labor histórico-biográfica realizada por Martínez, tanto las circunstancias como la voluntad de Cortés se opacaron con chismes, leyendas y, en una sola palabra, desconocimiento.

La recopilación de *Documentos cortesianos* reúne instrucciones, defensas, acusaciones, probanzas, contratos, recibos, interrogatorios, documentos sucesorios, cartas personales y el testamento

de Cortés, papeles escritos, dictados o promovidos por D. Hernán que llevan su firma. Pero además, la recopilación junta las cédulas, provisiones, instrucciones y nombramientos que recibió el conquistador. Tal abundancia de material documental expresa, por un lado y a juicio de Martínez, la "personalidad conflictiva [de Cortés], a causa de lo mucho que hizo y que tuvo, y porque desde el principio de su actuación quiso violentar el curso de las cosas según su propio designio, que no coincidía siempre con la justicia o con la política de la Corona". Por el otro, y a juicio de esta lectura, los *Documentos* muestran una verdadera personalidad *cortesiana*, alejada de la Corte y *transpeninsular*.

La biografía y los papeles de Cortés nos confirman un ánimo aventurero, codicioso y constructor, benéfico y destructor, rebelde y sometido que comparten muchos de los españoles viajeros del XVI. A diferencia de los *cortesianos* que nunca salieron (o han salido) de la Península, los *cortesianos* cabalgaron sobre su imaginación allende sus fronteras aparentes, navegaron en la incertidumbre del Atlántico más allá de los presagios y decidieron conquistar, colonizar, evangelizar, construir y comerciar más acá de sus espacios.

De hecho, los viajeros conquistadores eligieron un nuevo espacio geográfico, político, arquitectónico, económico y hasta gastronómico. Cortés, sus papeles y sus compañeros nos muestran esta *transatlantidad* que se conjugó con algunos espacios indígenas y que se distingue notablemente de la *peninsularidad* estática. Quizá por esto mismo una de las impresiones que causa recorrer los *Documentos cortesianos* sea la de leer los reflejos de una personalidad polifacética.

Habían quedado guardadas, tanto en el Archivo General de Indias de Sevilla o en el Archivo General de la Nación de México, las múltiples personalidades de Hernán Cortés. Al conocerlo, Martínez nos presenta ahora tanto al D. Hernán encomendero como al Cortés conquistador: militar y político, español y novo-

hispano, poblador y jugador, Hernán Cortés fue al igual súbdito que soberano.

En sus cartas leemos al hijo Hernán que en 1527 le escribe a su padre con motivo de regalarle al rey un tigre, "el más hermoso animal que jamás se ha visto, porque además de ser muy lindo es muy manso y andaba suelto por casa y comía a la mesa de lo que le daban y por ser tal me pareció que podría ir en el navío muy seguro...". Pero aparece también Cortés súbdito de Carlos V o de Diego Velázquez que le instruye "confiando que sois persona cuerda, que con toda prudencia y celo de su real servicio daréis buena razón e cuentas de todo lo que por mí en nombre de Sus Altezas, vos fuere mandado cerca de la dicha negociación y la guiaréis y encaminaréis como más al servicio de Dios Nuestro

Señor e de Sus Altezas convenga...".

La labor biográfica y la recopilación documental que nos presenta José Luis Martínez confirman las múltiples posibilidades de la historia. El pasado es un espacio impredecible que sólo se podrá recorrer a través de una dualidad: la ardua labor del historiador y la lectura de los papeles del pretérito. Lejos de la celebración o el repudio y más allá de conmemoraciones cronológicas, esta obra de Martínez representa un reto y una alternativa: la alternativa de viajar al pasado, por reflexión o por imaginación y el reto —que es una invitación— de leer a Cortés y sus circunstancias con el afán de conocer y salvar del olvido al pasado, sus papeles y sus personajes.

EL HOMBRE MEDIEVAL

De JACQUES LE GOFF
Por ELOY BENITO RUANO

• Alianza Editorial, Madrid, 1990, 388 pp.

¿VUELVE EL GÉNERO HISTORIOGRÁFICO DE la biografía? Como resucitó hace pocos años en Francia la Historia política; como ha hecho crisis (por fortuna) la Historia económica escrita con sólo cifras; como la Historia social confirió en su momento a su propio enunciado un sentido rigurosamente antinómico al de los periodísticos "Ecos de la sociedad", es evidente que "el hombre" reaparece como protagonista del relato en la reconstitución del pasado por la presente ciencia histórica. La pregunta de Lucien Febvre, "y en todo esto, ¿dónde está el hombre?", no tendría sentido de ser formulada hoy con carácter general.

El género biográfico ha tenido, naturalmente, fases y modos bien distintos, desde las *Vidas paralelas* a *Los héroes*, de Plutarco a Carlyle, pasando por las *Generaciones y semblanzas*, de Fernán Pérez de Guzmán; de la presentación de los grandes actores ("personajes") de la historia, al intento de su comprensión como personas, con sus grandezas y sus miserias, sus pensamientos y sus sentimientos, su intimidad y hasta su imaginación, el biógrafo de la primera mitad del siglo XX acometió la interpretación

psicológica del sujeto, llegando casi a la suplantación del mismo al tratar literalmente de "ponerse en su lugar". Emil Ludwig y Stefan Zweig fueron maestros mundiales en este arte; y entre nosotros el Dr. Marañón alcanzó efectos muy apreciables con su caracterización del Conde-Duque de Olivares (personificación —escribió— de "la pasión de mandar"), su *Estudio* algo más que biológico sobre Enrique IV de Castilla y su *Antonio Pérez*. Todos ellos presentados contra el telón de fondo de su época, es decir, asumiendo la fórmula orteguiana del individuo como tal individuo más su circunstancia.

Inversión de las tornas en cuanto a elección de objeto de biografía psicológica significó la aplicación del método de ésta a las personalidades colectivas: pueblos o naciones (*Inglés, franceses y españoles*, por Salvador de Madariaga); grupos y espíritus corporativos, clases sociales, mentalidades, generaciones, etc. *La rebelión de las masas*, la *Psicología de las multitudes* son, en su faceta histórica, manifestaciones de este ensayo de colectivización de la biografía.

Hasta diez modos o variantes de apli-

cación de este género literario a la Historia han señalado los germanos Engelberg y Schleier en su reciente comunicación al XVII Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Madrid durante el pasado verano de 1990: breves notas necrológicas, "vidas y obras", "vidas y tiempos", autobiografías, psicoanálisis de personajes, prosopografías..., hasta ensayos de reconstrucción de mentalidades colectivas.

Por el momento, nos hallamos en el tiempo de las tipologías. La configuración de modelos susceptibles de servir como patrones referenciales a la casuística innumerable de sujetos homogéneos permite una taxonomía humana de "tipos" sin otras circunstancias limitativas que las coordenadas, previamente determinadas, de lugar y tiempo.

Un ensayo en este sentido, aunque polarizado en torno a los valores de la moral colectiva de cada grupo (y por ello más genérico y permanente), realizó hace décadas Eduard Spranger con la delineación de sus *Lebensformen* ("Formas de vida", Madrid, *Revista de Occidente*, 1935). Las morfologías por él descritas constituyen todo un sistema de

"tipos ideales básicos de la individualidad": el "homo theoreticus", el "oeconomicus", el "aestheticus", el "socialis", el "politicus" y el "religiosus".

¿Una panorámica integral, estática, de la Humanidad? Ciertamente es que muchas otras imágenes modélicas podrían haberse desgajado de las troncales señaladas. Pero también lo es que algunas de éstas podrían sintetizarse en distintos complejos integradores.

Viniendo en todo caso al presente y a nuestro objeto metodológico histórico-biográfico, éste nos enfrenta con un concreto producto de enfoque de la humanidad de un tiempo y un espacio determinados —los siglos X al XV y el Occidente europeo—; empresa realizada recientemente por un conjunto de historiadores de diversos países coordinados por el francés Jacques Le Goff (ed. italiana, Roma, 1987; francesa, París, 1989; española, Madrid, 1990).

El volumen está constituido por una decena de monografías que analizan separadamente los tipos del monje, el guerrero, el campesino, el ciudadano, el intelectual, el artista, el mercader, la mujer, el santo y el marginado.

Un plantel, como puede verse "a priori", establecido con arreglo a irregulares criterios de selección en los que alternan elementos diferenciales de tan diversa naturaleza como la profesión, la inserción social, el sexo, etc. Factores básicos que, como el caso de las "Lebensformen" citadas, exigirían una conveniente subdivisión de "caracteres" (caso de la mujer o el marginado, por ejemplo); pero entre los que, a nuestro juicio, falta algún tipo tan esencialmente homogéneo con los elegidos como el del hombre público o ejerciente del poder (príncipe, político, oligarca, etc.).

Más críticamente cabe observar la inclusión de paradigmas como el del santo y el caballero, vale decir modelos ideales del monje y el guerrero respectivamente, entre los tipos meramente descriptivos, no ejemplares en el sentido axiológico de la palabra. Equivalentes de aquéllos hubieran tenido que ser, en su caso, el sabio, el "honesto" mercader, el "intachable" ciudadano, el artista "sublime", la "virtuosa" doncella o la "perfecta" casada. Es decir, otros tantos arquetipos, dechados todos ellos de las virtudes inherentes a cada tipología.

Por fortuna, al no ser así, al no haberse pretendido establecer las imágenes

(en el sentido icónico, casi hagiográfico) representativas de otros tantos manuales normativos de época, la obra suministra, en efecto, la perseguida visión histórica, real, de la sociedad contemplada.

El coordinador del equipo diseña sumariamente en un capítulo introductorio las líneas generales de lo que pudiera ser un esquema común a los modelos estudiados. "La evocación de 'un' hombre medieval —dice— la justifica el hecho de que el sistema ideológico y cultural en el que se inserta y el elemento imaginario que lleva en sí mismo" determinan "unas estructuras mentales comunes (y) unos objetos semejantes de creencia, de fantasía, de estímulo".

Entre los rasgos caracterizadores de su vivencia está la presencia —la irrupción permanente, diríamos más bien— de lo sobrenatural en la existencia cotidiana; la normal infracción del orden de la naturaleza que constituye el milagro; la racionalización del más allá; la mentalidad simbólica; la aceptación del principio casi intangible de jerarquía; la obediencia como virtud ubicua en todas las esferas de la vida humana...

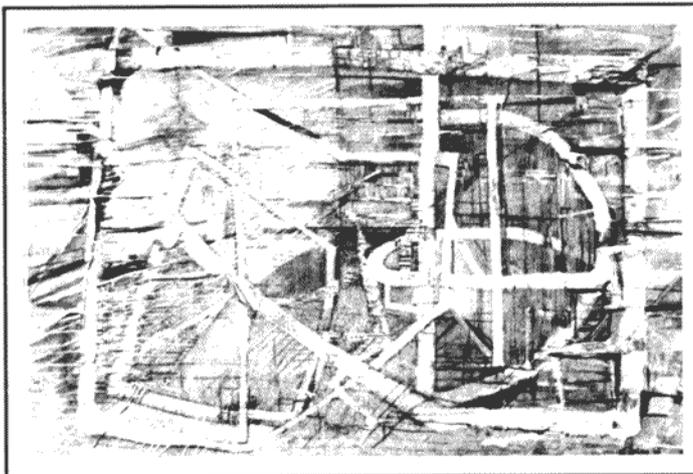
Colectivamente, la dualidad íntima de su microcosmos individual (alma y cuerpo) es reflejo de los "esquemas binarios", "dualidades antiéticas", "maniqueísmos de base" (bueno/malo, superior/inferior, "potens/pauper") que constituye "una sociedad de contraposiciones" complicada en la manoseada trilogía de "ordines" ("oratores", "bellatores", "laboratores"), multiplicada después en muchas más imágenes de las

estudiadas aquí: el hereje, el niño, el judío, por ejemplo, son otras tantas bien definidas y con sustancialidad suficiente para haber sido consideradas, ya en sí mismas, ya en el seno de las diversas matizaciones del "homo religiosus", ya en el grupo familiar (donde lo ha sido la mujer) o en el simplificado tipo del marginado, etc.

Biografía colectiva, sociología biográfica, muestras individualizadas de especímenes representativos... Estimamos, abundando en nuestro criterio más arriba expuesto, que el establecimiento de una tipología de *El hombre medieval* precisa de una más amplia planificación integradora cuyos primeros planos sean susceptibles de descomposición en telas subclasificadoras; y que éstas sean sometidas a ella. Pero, sobre todo, requiere, a nuestro juicio, unos principios de selección y tratamiento rigurosamente homogéneos, que permitan la contemplación de cada tipo y cada variante insertos en una red de coordenadas definitorias de su propia magnitud y propiciantes de su examen comparativo.

En tanto esa empresa se acomete, individualmente o en equipo actuante con procedimientos unívocos, el conjunto de las presentes monografías, debidas a prestigiosos especialistas (Cardini, Cherubini, Fumagalli, Geremek, Gurevic, Vauchez, el coordinador Le Goff, entre otros), ofrece otros tantos análisis valiosos en sí mismos, útiles todos y algunos ya imprescindibles en su respectivo campo.

© Saber Leer



EL BAUTISTA

De JAVIER SICILIA
Por CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

• Universidad Veracruzana, 1991, 241 pp.

POETA CATÓLICO, JAVIER SICILIA (1956) DEBUTA en la novela con una hagiografía. Hagiógrafo es aquel que cuenta la vida de un santo. El género no admite duda alguna sobre su propósito: Juan el bautista fue un santo y su vida ese camino de perfección cuyo desenlace fue, nada menos, que la inmersión de Jesús en el Jordán.

El juego con la herencia hagiográfica no es nuevo. Biógrafos, David Strauss, Ernest Renan o Giovanni Papini intentaron reformular la vida de Jesús en una época en que el modernismo cristiano luchaba por obtener un lugar intelectual en su época. Bernanos, Kazantzakis y más recientemente Mario Brelich se sirvieron, como los antiguos escoliastas apócrifos, de la tradición hagiográfica para actualizar su fe, enriquecer su dimensión novelesca y ponerla en contacto con el pensamiento crítico. No así Javier Sicilia. Su novela, cuidadosamente escrita, es una imitación que se atiene estrictamente a las convenciones edificantes del género: los caminos de la conversión y de la perfección, las duras pruebas que impone Dios al ausentarse del místico e ignorar sus súplicas y, finalmente, la revelación del rostro de Jesús entre los esenios, la soledad de Juan al cumplir su destino y su muerte, va-

cio ya de sí mismo, en manos de Salomé.

No se trata de una novela histórica ni de una variación apócrifa. Si la fe hace milagros, no cabe duda que ayudó a Sicilia a escribir páginas de indudable y hermoso patetismo, pero su lugar adecuado está en la alabanza poética, no en la novela moderna.

El bautista presenta dos problemas. En primer término, una hagiografía puede instruir, invitar a la imitación y hasta lograr una conversión. Estoy seguro de que Sicilia no pretende ninguna de las tres cosas. Se contenta con ser un hombre de fe que alaba a la figura primigenia del cristianismo. Semejante seguridad de conciencia, quizá envidiable para algunos, contradice la naturaleza crítica de la novela moderna. No en balde los grandes escritores cristianos, desde Chateaubriand hasta Julien Green, fincaron la grandeza de sus obras en la crisis de conciencia. Sin ésta es probable que no hubieran sentido necesidad de escribir.

Sicilia es un poeta. Por eso las mejores partes de *El bautista* son aquellas que se concentran en la exaltación del mundo como milagro. Pero allí Sicilia canta, no narra: sus personajes carecen de vida propia, son estampas de un paisaje sin profundidad y su movimiento es parco y previsible. Toda proporción

guardada, *El bautista* recuerda a veces a las hagiografías consagradas al santoral comunista por el realismo socialista. El héroe positivo no cabe entre nosotros. Sicilia se inspiró en Kazantzakis, pero, a diferencia de éste, no logró rodear a su bautista del sudor y la furia de los hombres.

Un segundo problema rebasa a *El bautista* de Javier Sicilia. Se trata de la reconstrucción de la situación del escritor religioso en nuestra historia literaria. El jacobinismo dominante desde el siglo XIX promovió el conventualismo literario: desde el padre Plasencia hasta el propio Sicilia, los poetas explícitamente católicos ocupan un lugar marginal. La novela cristera, con las excepciones tardías de Goytortúa Santos y Antonio Estrada, no pasó de ser un panfleto de combate y denuncia lo mismo que una exaltación del martirio. La profundidad del catolicismo popular mexicano está ausente en nuestra literatura de hoy. La mayoría de nuestros autores católicos ejercen como laicos en literatura.

En ese sentido la excepción que marca Javier Sicilia pone sobre la mesa el problema de cómo y en qué condiciones los misterios religiosos podrán relacionarse críticamente con nuestras letras de hoy y de mañana.

CRÓNICA DE POESÍA POETAS DE LA SUPERFICIE

Por EDUARDO MILÁN

- Alejandro Aura, *Poeta en la mañana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Javier Sologuren, *Gravitaciones y tangencias*, Lima, Editorial Colmillo Blanco, 1989.

TODO POEMA ES —O REGISTRA—, EN ÚLTIMA instancia, un acto cotidiano. Diría, mejor, que lo que resta de un poema, más allá de la ambición de dar una visión del mundo globalizadora, es lo cotidiano, un momento de esa pequeña historia en que el instante se instala como amo y

señor. Esto es válido sobre todo en este momento, donde los discursos totalizadores, aun en poesía, son prácticamente imposibles. Asumir la cotidianidad desde esta perspectiva, como dispositivo generador de poesía, es notoriamente riesgoso. Decir "poeta en la mañana",

"poeta en la tarde" o "poeta en la noche" es, más que un intento de colocación de un oficio o de una práctica, un intento de restricción: poeta en el día, poeta en la luz. Para un hacedor abstractizante, que trabajara conceptualmente los elementos diurnos, la tarea sería

sencilla o por lo menos canónica. Mal o bien, con felicidad o tristeza, mucho se ha dicho del día y de la luz. Alejandro Aura (1944) ensaya en este libro una restricción segunda: la derivación del oficio de poetizar al acto que incluye al poeta como protagonista. El poema ya no es, no puede ser desde esta perspectiva el motor autónomo de la creación: esa función se deriva en el poeta. Ese es su riesgo y, cuando acierta, su felicidad. En realidad, "Poeta en la mañana" es una suerte de diario metalingüístico: el testimonio de la escritura que es posible elaborar al levantarse. Despertar supone el sueño de la noche: Aura reflexiona sobre el sueño; significa prepararse para una experiencia nueva o previsible: Aura da cuenta de ella. Y así por delante. Aunque el sueño tiene un peso considerable en la memoria de la mañana no logra colocarse como el subtema más importante del poemario. Este subtema estaría ocupado en transmitir lo que rodea al poeta, su entorno, los utensilios que lo acompañan, desde el agua de colonia que usa el poeta después de afeitarse hasta la computadora en la que escribe sus textos. Quiero decir: el libro no tiene una lógica temática ni una lógica formal. Sentido y materia poéticas se han desplazado a la persona del poeta: él es su propio referente. La empresa, a simple vista, podría clasificarse como neorromántica si se toma en cuenta la cuota de autoexaltación que lleva implícito el libro. Ese sería el peligro: autorreferirse como hacedor en una época donde el hablante poético está tan en entredicho que prácticamente no existe. Y esta es la felicidad: mediante la autoironía y la parodia —un sentido del humor o de medio-humor recorre todos los poemas— Aura pone en entredicho el juego mismo que ha propuesto. No sólo pone en entredicho el *para qué* de su aventura escritural sino que pone en duda el sentido mismo de despertar al nuevo día. Pero estos titubeos de la razón significan, por supuesto, un simulacro: el de la conciencia que se dobla frente a la voluntad y entre lo inútil de no hacer y lo inútil de hacer elige esto último. Es decir, Aura apuesta por una actitud ética frente a la poesía: *hay* que hacer. Pero a veces esta ética —que no por tal debe convertirse en un acto solemne— se ve desmerecida por la liviandad de ciertos tratamientos *demandado* humanos, demasiado cotidianos

en que el poeta cae. Lo cotidiano importa, es obvio: es el motivo del libro. Pero también lo cotidiano implica una selección de materiales con los cuales se habitará el momento del poema. Ahí es donde Aura a veces pierde pie: cuando se niega a elegir sus palabras e introduce en el poema referentes que reducen la temperatura estética de su propuesta. El hecho puede resultar comprensible pero no por eso deja de interferir el desarrollo del texto: en su recuento del contexto cotidiano al que se enfrenta, Aura no quiere desear nada. El poema se vuelve entonces antipoético no por su crítica al lenguaje sino por los objetos que denota. Y hay que anotar que Aura es impecable en la descripción y en el arte de convertir un objeto gastado por el uso en una aparición inédita, original. La cotidianidad tematizada es una de las instancias más difíciles de dar en poesía, sobre todo si se pretende llamar a las cosas por el nombre de su uso. Los poetas norteamericanos son maestros en esto. Y lo saben. Pero esa dificultad puede resultar gratificante —como muchas veces en el libro de Aura— cuando el empeño, el *tour de force*, entre tanta solemnidad reinante, sea el llamar a las cosas por su nombre aunque ese nombre no sea el verdadero nombre de las cosas.

Cuando la poesía latinoamericana tenía un orden y un valor, Javier Sologuren (Perú, 1921) era uno de sus excelentes poetas. Ahora que la poesía latinoamericana se sostiene en el desorden como piedra de toque para su sobrevivencia, Javier Sologuren es todavía un excelente poeta. La poesía cambió: Sologuren permanece intacto. Su poesía es una alianza extraña entre la profundidad casi meta-

física y la facilidad con que nos comunica su apariencia. Sologuren es un poeta de la superficie, pero de cuando la superficie significaba una operación de deslumbre de todo lo denso y lo superfluo, lo hipócrita y lo simulado. Leer a Sologuren es entender a un poeta que no quiere engañarse y que, por ello mismo, practica un arqueo difícil para desbrozar los distintos niveles de lo real. Una realidad transparente (entre las tantas que no lo son): eso transmite Sologuren.

La prosa crítica del peruano no podía ser de otra manera. Aunque más compleja en relación con su poesía, en la medida en que se acentúan aquí los momentos de verdad, la profundidad sigue inalterable. Muchos son los temas, también las aproximaciones. Pero no son temas banales. Sologuren no pertenece, es obvio, a la generación de la entropía. Cuando de poesía se trata, los poetas son Hölderlin o Apollinaire; cuando se trata de problemas del mundo o de la historia, Vietnam puede ser un tema. Trato de decir que para Sologuren (aunque este libro reúne ensayos de muy distinta época) el mundo todavía importa, hay mínimos criterios que lo aproximan a la verdad. Su prosa reflexiva alterna entre la inmersión en los laberintos del lenguaje y la anécdota, que es una matizada manera de demostrar que los hechos todavía cuentan (o contaban treinta años atrás). Aquí la historia existe: la poesía no es un vaho desprendido de las cosas que sobrevuela el suelo sin tocarlo nunca. Aunque pueda alguien discrepar de lo que se dice en este libro se trata de una aventura en la que prima la ética, algo cada vez más difícil de encontrar. Y esto ocurre porque Sologuren ha elegido a la poesía como centro.

